





## CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Siempre las sesiones de los sábados ofrecen espectáculos raros e imprevistos, pero la de ayer ha sobrepasado las esperanzas de los más aficionados y de los más entusiastas para esa clase de espectáculos. Narremos.

La sesión empezó a las tres, bajo la presidencia del Sr. Gomez de la Serna, con gran concurrencia en el salón y en las tribunas. Esta afluencia de curiosos y aficionados presagiaba alguna tormenta, y efectivamente, bien deshecha y tempestuosa fué la que estalló, casi desde el principio hasta el fin de la sesión.

Alzados desde hace tres días la respuesta a la interpección del Sr. Figueras sobre las causas que han motivado la salida del Sr. Becerra, por encontrarse indispuerto el presidente del Consejo, que era a quien cumplía, usó ayer de la palabra el primer ministro de la Gobernación, y manifestó que, continuando enfermo el general Prim, iba a explicar aquellas causas.

Lacónico en verdad estuvo el Sr. Rívero sobre un suceso que siempre es de importancia en los sistemas constitucionales y parlamentarios, pues solo dijo que el Sr. Becerra había dimitido por motivos de delicadeza, y que su sucesor el Sr. Morret sostenía la misma política que el ministro saliente, y que en todo estaba de acuerdo con sus demás compañeros.

El Sr. Figueras, como era natural, no se dio por satisfecho con el laconismo del ministro, pero en vano se esforzó en recabar más explicaciones. El Sr. Rívero insistió en lo dicho y no agregó una palabra más.

A nosotros no tiene obligación el Sr. Rívero de darnos más explicaciones, por más que se las pidiéramos; pero en cambio no pudo privarnos del derecho de hacer algunas consideraciones sobre el asunto que era objeto del debate.

Vamos a presentar a la estimación del Sr. Rívero, del gobierno y de la Cámara, el siguiente dilema: ó el Sr. Becerra salía del ministerio por una causa política, es decir, por su diferente apreciación de los asuntos de Ultramar respecto de sus demás compañeros, ó por una cuestión de dignidad y de decoro, como lo era la del Sr. Romero Robledo. Si lo primero, las explicaciones del ministro de la Gobernación no han correspondido ni en poco ni en mucho a aquella causa; si lo segundo, que es a lo que más parece que se refieren las palabras del Sr. Rívero, no comprendemos que el Sr. Becerra sea el solo juez de su conducta; pues creemos que el gobierno y la Asamblea están en ella altamente interesados, puesto que el Sr. Becerra sufrió, con motivo ó sin él, un atroz y sangriento ultraje al diputado por Antequera; si fué con motivo, debió sostener su acusación el señor Becerra y no dejar el ministerio, y si fué sin él, no solo ha debido salir del ministerio, sino que la Cámara estaba en el deber de rechazarlo como diputado, ya que él no se apresurará a presentar la dimisión de su cargo.

Esto es lo que aconsejan los más vulgares principios de la dignidad y el decoro. No nos detendremos a hacer ninguna de las consideraciones que se desprenden del desfavorable resultado que ese triste asunto ha tenido para todos lo que en él han intervenido, porque no los consenten los estrechos límites de esta reseña parlamentaria, y porque confiamos en que nuestros lectores las deducirán con lo indicado.

Terminado este incidente, presenció la Cámara el más nuevo, original y extraordinario de cuantos han tenido lugar desde que funcionan las Constituciones.

El Sr. Suñer y Capdevila, célebre diputado por sus desvarios religiosos, sobre quien pesa una sentencia de muerte por la parte que tomó en la insurrección republicana, se presenta de improviso en el salón de sesiones, y su entrada produjo la sorpresa y el estupor consiguiente. En vano fué amonestado el diputado catalán por el ministro de la Gobernación, por el presidente de la Cámara y por algunos amigos políticos, para que abandonase aquel recinto: momentos hubo en que se trató de emplear la fuerza, valiéndose de los vigileres, pero al fin los diputados catalanes lograron convencerle, y acompañado del Sr. Balaguer salió del salón. Enemigos políticos del Sr. Suñer, nada manifestaremos de cuanto se ha dicho con posterioridad a su salida del Congreso, pues no queremos agravar en lo más mínimo su situación; pero sí nos hiciéramos a decir el escándalo y el rudo ataque que ha llevado ayer tarde el principio de autoridad estaba reservado a sufrirlo a los hombres que carecen de todo medio para hacerlo respetar y rodearle del prestigio debido.

El Sr. Bugallal preguntó qué verdad tenían los rumores que han circulado sobre desórdenes ocurridos en la Habana y sobre las notas recibidas de una potencia extranjera. El ministro de Ultramar contestó que no tenía ninguna noticia de ellos, y que de ocurrir alguna cosa, llevaría la cuestión íntegra al Congreso.

El Sr. Bugallal pregunta si es cierto que no se dará educación religiosa en las escuelas. El ministro de Fomento dijo que eso era una consecuencia de la libertad religiosa, y que sobre el particular tenía pensado dar un decreto. La tolerancia de los liberales revolucionarios, que siempre es la misma, ahogó por breves momentos la palabra del Sr. Bugallal, que insistió en explicar su pregunta; los murmullos y la confusión eran grandes en estos momentos en el salón; pero el Sr. Bugallal, esforzando su voz y con gran energía, logró dominar aquel tumulto y anunciar una interpección al ministro sobre el mismo asunto. Este dice que no le contestará hasta que dé el decreto. Sembrante incomprensible arrogancia de parte del Sr. Echegaray, obtuvo los aplausos de algunos radicales y de los republicanos.

Desde este instante hemos creído que el ministro de Fomento más pertenecía a la escuela republicana, que a la monárquico-democrática. Su permanencia por tanto en el gabinete no la creemos compatible con la de sus compañeros, que parecen opinar de muy diversa manera.

El Sr. Romero Robledo dirige una pregunta al señor ministro de Ultramar, que es ahogada por la inefable intolerancia de los radicales. El diputado andaluz da con gran sarcasmo las gracias a la mayoría por su tolerancia, y se sienta.

El cordial amigo del ministro de Hacienda, señor Puig y Llagostera, hace una pregunta sobre

los fraudes que continúan haciéndose en la Hacienda, lo que produjo un animado altercado con el Sr. Figueras, quien ninguna prueba adujo para rechazar los cargos del diputado por Vich.

Una proposición incidental declarando que la Cámara había oído con profundo disgusto la contestación del ministro de Fomento al Sr. Bugallal, manifestando que no se daría en las escuelas la enseñanza religiosa, fué origen de que el último señor pronunciara un elocuente discurso, que cautivó mercedemente la atención de la Cámara y de las tribunas.

A tan brillante peroración solo contestó el ministro de Fomento con la más altanera inmodestia, diciendo, entre otras cosas, que cuando el regente del reino y el presidente del Consejo le habian elevado a la alta dignidad de ministro, dotes y circunstancias tendrían para desempeñar tan elevado cargo, si como católicos y como cristianos hubiéramos de combatir el ateísmo y herejía de que hizo ayer gala el Sr. Echegaray, sería el cuento de nubes alear. Excusado nos parece decir a nuestros lectores que el discurso del ministro de Fomento en que, entre otras cosas, proclamó abiertamente la separación de la Iglesia y del Estado, fué calurosamente aplaudido por los republicanos y algunos radicales, mereciendo pruebas de reprobación por las tribunas y por la derecha de la Cámara.

Conseguido el objeto del Sr. Bugallal, que era protestar contra lo dicho por el Sr. Echegaray, retiró su proposición.

A segunda se presenta también otra incidental para que la Cámara declare que ha oído con satisfacción las explicaciones del ministro de Fomento, la cual fué apoyada por el Sr. Olivares en un deslavado, incorrecto y pesado discurso que fué oído por la Cámara y las tribunas con señaladas muestras de desaprobación, siendo, por último, tomada en consideración por 106 votos contra 53.

Votaron en pro los radicales y los republicanos, y en contra los unionistas, los tradicionalistas y el progresista Pardo Bazán; al empezar la votación se salieron del salón la mayor parte de los diputados progresistas de alguna importancia. Al votar el Sr. Topete, dijo: «No, en nombre de la revolución de Setiembre».

Calurosos aplausos respondieron en el centro a esta manera de votar del Sr. Topete. Los radicales y republicanos no hicieron demostración alguna, sobrecojidos de la energía y espontánea actitud en que se colocaron los unionistas, y al grupo que otro progresista.

Declarada urgente la discusión de la proposición, consume el primer turno en contra el señor Silveira (D. Francisco), pronunciando un excelente discurso, en que después de dirigir acerbos dardos a la buena fe de los radicales, concluye probando que lo que se pretende declarar es esencialmente inconstitucional, pues destruye escaradamente un artículo del Código fundamental. A este orador replica el Sr. Rojo Arias, en la forma en que ya comprenden nuestros lectores lo haría S. S.

El Sr. Romero Robledo habló para alusiones personales, y entre otras cosas, dijo que si se hubiera persuadido de que la revolución de Setiembre había de traer la ruina de la patria y ser entregada a gentes ignorantes y extraviadas, no hubiera tomado la menor parte en ella.

Esto que ignoraba el Sr. Romero Robledo, y que en él es disculpable por su falta de experiencia, era una cosa muy prevista por todos los hombres que no buscaban en la revolución ni medro personal, ni venganzas que satisfacer.

La sesión terminó a las seis y media, después de haber rectificado el Sr. Rojo Arias algunos conceptos del Sr. Romero Robledo.

Creemos que con otro golpe como el que ha llevado la revolución ayer tarde en el Congreso, le ha de costar gran trabajo entretejer con las flores de Mayo su anárquica cabellera.

En la sesión de la noche continuó la discusión sobre la desdichada proposición apoyada por el cambio Sr. Gonzalez Olivares.

El Sr. Vinader usó de la palabra en contra. De una singular coincidencia tomó pie el Sr. Vinader para uno de los períodos más razonados de su discurso; cosa rara, decía S. S.: el Sr. Suñer y Capdevila se presenta ante nosotros en los mismos momentos en que la mayoría de la Cámara acepta sus impías ideas; cree que, aprobada esta proposición el Sr. Echegaray, debe dejar su puesto para ser reemplazado por el Sr. Suñer.

No terminó su peroración sin manifestar extrañeza por la ausencia de los señores ministros, lo que atribuía a que, no teniendo pensamiento ni idea fija, se excusaban así de tomar parte en el debate.

El Sr. Mata, en uno de esos fogosos discursos con que suele deleitar a la Cámara, trató de defender la necesidad de los proyectos anunciados por el Sr. Echegaray, necesarios, a su modo de ver las cosas, para la terminación de la Constitución democrática.

En más de una ocasión el Sr. Mata expresó su sentimiento por la transacción que en la cuestión religiosa tuvo que hacer como individuo de la comisión constitucional, y todo en obsequio a la conciliación.

El Sr. Moreno Nieto, en un brillante discurso, combatió las ideas expuestas en la sesión de la tarde por el señor ministro de Fomento.

No crea el catadrático de la Universidad Central que es la manera más conveniente de gobernar este país el traer cada día un nuevo proyecto con que alarmar las conciencias católicas; lamentable que en este país se haya suprimido en la segunda enseñanza la de la moral, y calificado de imprudente la conducta seguida ayer tarde por el ministro de Fomento.

El Sr. Moreno Nieto manifestó en uno de los períodos de su discurso, que era imposible que una nación que había conservado hasta hace poco su unidad religiosa, renunciara en un día a lo que ha sido con gran justicia su orgullo y su gloria; crea que esos proyectos son contrarios a la Constitución.

El orador preguntó a los radicales si el prohibir que se enseñase la religión católica lo hacían a nombre de la libertad, pues, al contrario, lo consideraba una gran tiranía.

Terminó su elocuente peroración diciendo que antes de dar la libertad es necesario crear la conciencia y el deber.

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel) calificó de pro-

pia de un Concilio la manera que el Sr. Moreno Nieto había tenido de tratar la cuestión, atacó fuertemente a la unión liberal, especialmente por combatir hoy lo mismo que hace cuatro meses aplaudía.

El joven economista, que nada contestó a los argumentos del Sr. Moreno Nieto, nos habló de católicos protestantes alertas, y de católicos que quisiéramos todos conocer. (No sabemos qué clase de juicios son de los que nos hablaba el Sr. Rodríguez.)

El Sr. Moreno Nieto rectificó, y en una bella improvisación desvaneció los argumentos con que el Sr. Rodríguez había tratado de contestarle.

El Sr. Rodríguez rectificó también.

Agradecemos deber estar al Sr. Rodríguez los que no sean católicos por su discurso de anoche. El célebre orador republicano Sr. Castelar había sido aludido, y aprovechó la ocasión para explicar el voto de la minoría republicana en esta cuestión al lado del gobierno.

La proposición fué aprobada en votación nominal por 78 votos contra 75.

Por segunda vez en ocho días el gobierno ha vencido por tres ó cuatro votos.

Con otra victoria como esta se eterniza en el poder.

**AISLAMIENTO DEL GOBIERNO.**

La revolución de Setiembre, hija de la tracción y la felonía, ha llegado a tal estado de descrédito, por impotencia propia, que sería crueldad inaudita en nosotros atacarla para herirla, cuando sus mismos hijos la han deshecho y arruinado, á insultos y latigazos unos, á sarcasmos y desprecios otros, á locuras y desatinos los que han quedado dueños del campo y del botín.

La revolución de Setiembre ha sido completamente infucunda y estéril para el bien. Monstruo nacido de tres elementos, engendro de diversos padres, perteneciente a distintas naturalezas, serpiente que se arrastra, dragón que devora, la revolución vive la vida de la ignominia, porque no hay nada más ignominioso para una revolución triunfante, para un gobierno constituido, para un partido de doctrinas, como el desprecio de las propias doctrinas al día siguiente del triunfo; nada hay más ignominioso como el remedar a los mismos a quienes se censuraba, y tener que aceptar como bueno, lícito y honesto, lo mismo que se había reprobado.

Y lo menos malo que hacen los revolucionarios, es hacer el papel de monjes sabios, dándose aires de señores, de hombres serios y de personas políticas.

Esto tiene algo de cómico, sino pudiera acabar en tragedia para la patria.

Lo demás es horrible.

Por donde quiera el ánimo confunido tiende la vista, en cualquiera región del gobierno que se pare fatigado, en todas se encuentra el más deplorable abandono, la ignorancia más clasificada, la inconsecuencia más notoria, la anarquía, el caos.

Ni un solo acto de buen gobierno, ni un acto de prudencia y previsión. Ni una regla aceptable de buena conducta. Ni un ramo de la administración pública en prosperidad y adelanto, y que pueda soportar la comparación con las administraciones anteriores. Ni uno; y si no, citadle.

En todas partes, y en todas las regiones se alimentan, crecen y se desarrollan las más punibles pasiones.

La envidia, tan pegajosa en esta tierra, ha hecho verdaderos progresos, y la disolución de los jurados la ha empezado por la envidia que se tienen entre sí.

La vanidad, otra virtud teológica de los revolucionarios, y aun de los que no lo son, ha hinchado a todas las medianías desde que se han visto ministros como Becerra, diplomáticos como Montemar, grandes cruces como la de De Blas, grandes hombres como Sagasta, Gúzmanes como Prim, Regentes como Serrano, virtuosos como Figuerola, sabios como Ruiz Zorrilla.

La coacción misma no ha podido soportar tanta pequeñez, tantas miserias.

Aquella coacción que se apellidó a sí misma libertadora del país, asombro de Europa, terror de malos gobiernos, reformadora de vicios, liberal consecuente y ventura de la patria oprimida; aquella coacción se ha deshecho ya, conviértase y confiesa de impotencia; aquella coacción se ha deshecho, sin que para nada hayan influido en su descomposición los titulados enemigos de la libertad; aquella famosísima alianza se ha deshecho, huyendo los republicanos de tanta podredumbre para no axiarse; apartándose los de la unión liberal por un resto de pudor, y quedándose solos una turba de furiosos, que se gozan en su aislamiento, sin conocer que, aunque hoy tienen algunas provisiones a su disposición, les va a faltar aire para respirar, y que los hambrientos de ayer y los repletos de hoy, van a estallar de indignación.

Los republicanos desprecian al gobierno.

La unión liberal apura cruel todo el candal de sus sarcasmos contra estos patriotas de pega, que, desconocidos del país, incapaces de triunfar, más incapaces aún de gobernar, se han apropiado de la dirección de los negocios, por una sorpresa que ellos mismos no saben explicar ni darse cuenta.

En vano una día y otro gritan que la nación les ha seguido en sus maniobras; que el pueblo en masa se levantó para derrocar el trono y la dinastía; que el país les ha ayudado y está con ellos; no. Ni antes ni ahora habéis tenido al país de vuestro lado ni a vuestro favor. Vuestros sentimientos, vuestros actos, vuestra conducta están en pugna con los sentimientos nacionales.

Veinte años habéis estado conspirando solos; veinte veces habéis intentado escalar el gobierno por la fuerza y por la violencia, y siempre habéis sido derrotados fácilmente; a las primeras escaramuzas habéis huido y os habéis escondido, y si alguna vez el gobierno ha podido correr algún peligro, ha sido por el apoyo, por la fuerza que os prestaban otros partidos; pero progresistas y cimbrios solos no hubieran inquietado ni perturbado jamás, no decimos a un gobierno, pero ni a un puesto de guardia donde hubiera una compañía de soldados mandados por un capitán leal.

No os envalentoneis, señores radicales, con un triunfo que no es vuestro, y que os cogió de sorpresa, desesperados, en la oscuridad unos, en la emigración otros. El país se avergüenza y protesta.

ta diariamente de que digais que hizo la revolución en obsequio vuestro.

El país no se movió ni en Enero y Junio de 66, ni en Setiembre de 68. El país calla y aguarda la ocasión de manifestar sus verdaderos sentimientos.

Ahora estais en la cima del poder, y estais igualmente aislados y solos, igualmente abandonados de la nación.

Os han abandonado vuestros amigos de conspiración. Os han abandonado la mayor parte de vuestros antiguos partidarios, al ver vuestra intolerancia y vuestra incapacidad. Nadie quiere vuestro contacto: sois los verdaderos obscurantistas de la época. Siempre tan desconocedores del verdadero movimiento de la civilización, siempre disculpas, suspicacias, absolutistas y refractarios a toda idea de gobierno.

Si acompañados de las fuerzas que os dieron el ser no habéis podido dar un paso para constituir el país, ¿qué vais a hacer solos y abandonados de todo el mundo? No hay necesidad de conspirar contra vosotros, porque os vais a caer como cuerpo gangrenoso y podrido.

**EL JURAMENTO DEL CLERO.**

El gobierno se ha obstinado en arrancar al clero el juramento de la Constitución. Ignoramos si al fin logrará ver realizados sus tan incalificables deseos. La Iglesia española, que tanto ha sufrido, sin mengua de su honor, y estando ya, como está autorizada por la Santa Sede, podría muy bien hacer *propter bonum pacis y ad vitanda scandala*, el nuevo y terrible sacrificio que se le exige.

Si el clero español procede así, protestando con voz muy alta que no es su ánimo aceptar nada ni ligarse a nada que sea opuesto a las leyes de Dios y de la Iglesia, nadie tendrá derecho a censurar con justificado motivo su conducta; pero si el clero es digno de alabanza, porque mientras se lo permite su conciencia, en bien de la paz, no se cansa de hacer sacrificios, la conducta del gobierno es tan criminal como absurda, y tan atentatoria como impolítica.

En efecto, el gobierno, al presentar esta exigencia, atenta contra la misma ley fundamental, atribuyéndose facultades que la Constitución no le concede ni puede concederle, por ser incompatibles con el espíritu y hasta con la letra terminante de la propia Constitución.

Se comprende el juramento en las Constituciones antiguas; pero en la Constitución última, que proclama el libre examen y la soberanía nacional, no puede ni aun concebirse, sino como un insulto a la razón que se intenta encadenar, y un atentado contra la soberanía que se pretende subyugar.

El juramento destruye la libertad, ligándola con el honor y con la conciencia; es opuesto a la libertad de cultos, porque obliga a invocar el nombre de Dios en apoyo de una doctrina que la fe y la moral repudian; contrario al libre examen, porque forzando a la razón a aceptar principios determinados, al mismo tiempo que la apellida suprema, le despoja de su supremacía, es incompatible, por último, con la soberanía nacional, porque, ó se reduce a una fórmula irrisoria, ó si se considera cual cosa formal, el gobierno que lo impone es superior a la nación, que se encuentra en la necesidad de humillarse y aceptarlo.

El juramento, pues, es la negación radical de los derechos individuales, proclamados por la Constitución. ¿Y tiene el ministerio facultades para tanto?

Por otra parte, el clero, aun después de hecho el juramento, conserva libertad completa:

1.º Para pensar bien ó mal de la Constitución, porque aunque el juramento le exige que la guarde, la misma Constitución, contraria el juramento, le dice que el pensamiento es libre, que solo el despotismo y la inquisición pueden encadenarlo, y que la inquisición y el despotismo han desaparecido para siempre.

2.º Para hablar como a bien tenga de la Constitución, porque, aunque el juramento interesa al honor y a la conciencia, la libertad de hablar es un derecho imprescriptible, contra el cual, según las modernas teorías, ni Dios ni los hombres pueden dictar leyes.

3.º Para escribir aprobando ó reprobando la Constitución, porque, aunque el juramento supone lo contrario, el juramento, ley de sorpresa y muy accidental, no puede derogar el gran principio de la libertad absoluta de imprenta, que es ley muy meditada y muy esencial, y hasta la primera entre las leyes fundamentales.

4.º Para asociarse y asistir a reuniones en las cuales se combata y hasta se ponga en ridículo la Constitución jurada, porque el derecho de asociación, que está sobre todo, convierte a la humanidad en una inmensa asamblea constituyente, siempre ocupada en fundar y derribar gobiernos.

5.º Para dar sus sufragios a candidatos que juren destruir en las Cortes la misma Constitución que han jurado guardar y hacer guardar en sus casas, porque nadie puede fijar límites religiosos, morales, sociales ó políticos a la libertad del sufragio, que es el grande y esencial atributo de la soberanía popular.

6.º Para no oponerse, ni de palabra, ni con predicaciones, ni con censuras eclesiásticas, ni por ningún otro acto de su jurisdicción, a los motines ó conjuraciones; porque como la sociedad está ya emancipada, el clero no debe ni puede tomar parte en las luchas políticas, favoreciendo a un partido contra otro ó dispensando su protección a una ley fundamental para impedir el que se nos redacte, se nos promulgue y se nos obligue a jurar otra.

De modo que el clero, según la legalidad exigente, aun después de prestar el juramento, queda autorizado para pensar, hablar, escribir, asociarse y hasta votar contra la Constitución jurada, y además, en el deber de no oponerse a que por medios violentos sea destruida, porque la insurrección es un derecho político que la Iglesia no reconoce; pero que, como inherente a la soberanía nacional, reside en el pueblo, y no tiene más regulador ni más intérprete que la fuerza ó la intriga, ó la suerte de los partidos que por el momento logran triunfar.

Basta con fijar la atención en estas consideraciones, que son irrefutables, para comprender cuán absurdo y hasta cuán ridículo es el juramento que para humillarlo se exige hoy al clero español. El juramento para el clero, no es solo una vana

ceremonia, como lo es para ciertas gentes que se glorían de haber faltado criminal y cínicamente a la fe jurada. Por el contrario, los sacerdotes católicos consideran, y no pueden menos de considerar el juramento como una ley muy sagrada que liga el honor y guía la conciencia. Ya en el Concilio IV de Toledo, canon 75, se proclamó la santidad y fuerza del juramento de fidelidad, declarando que «hasta la muerte, *usque ad mortem*, debía conservarse la fe jurada a los reyes,» y que los que no lo hiciesen así, «los que se conjurasen contra el monarca ó maquinasen para despojarle de su corona, *fuesen anatematizados* en presencia de Dios Padre, de Cristo y de los Apóstoles, del Espíritu Santo y de los ángeles, privado de la comunicación con los fieles, expulsados de la Iglesia, y destinados a sentarse con Satanás y con Judas Iscariote en los Infernos».

El juramento, una vez hecho, tiene fuerza irresistible. Los católicos saben bien que no está en su mano ni el relajar ni el dispensar ó anular sus juramentos. Los que creen que la adversidad les «exime del deber, obran como si se figurasen que los juramentos solo tienen fuerza en la prosperidad, ó cuando pueden ser útiles, y no en la desgracia, ó cuando pueden ser molestos ó dejan de ser provechosos. Esto es enteramente contrario a la moral católica».

El clero no puede jurar tampoco con subterfugios ó palabras ambiguas. «Cualquiera que sea la forma que se emplee, dice San Isidoro; Dios, que es testigo de la conciencia, hace que el juramento se constituya, no según las palabras equívocas de quien lo hace, sino conforme a la intención de quien lo exige.» En el juramento no puede haber falta de formalidad, porque, como enseña Santo Tomás de Aquino, «si se jura, por reverencia al santo nombre que se invoca, se contrae la obligación de cumplir lo que se promete.» El Papa Lucencio XI, en la profesión 26, condenó la doctrina de los que decían que se podía jurar sin ánimo de contraer formal obligación. Alejandro VII anatematizó las restricciones mentales, y el Papa Pío VI, en su Breve de 28 de Febrero de 1791, reprobó la conducta de los que creían que se podía jurar solo exteriormente; es decir, opinando que las palabras que se oían no encadenaban la conciencia, que no podía escudarse.

Y siendo esto así, obligar al clero a que preste juramento, es forzarlo a que infrinja los preceptos de su moral ó se ponga en contradicción con los dogmas de su fe; es decir, cometer un atentado contra la libertad de cultos.

«Esto no obstante, si el clero jura, su conciencia quedará a salvo; por haberlo autorizado para ello la sagrada penitencia por decreto de 7 de Agosto de 1869».

Añadiremos todavía una observación que nos parece importante y de alguna utilidad en las presentes circunstancias.

Como los teólogos y canonistas, para resolver esta cuestión, consultaron naturalmente las obras escritas después del juramento que a fines del siglo pasado se exigió al clero de Francia, no será del todo inoportuno el recordar lo acaecido en la época mencionada.

La revolución francesa exigió al clero dos juramentos, a saber:

1.º El meramente político, llamado de la *libertad y la igualdad*.

2.º El político-religioso, ó sea relativo a la *constitución civil del clero*, sancionada y promulgada por Luis XVI el 24 de Agosto de 1790.

Acercá el primero, muy parecido al que hoy se exige al clero español, el Papa, consultado al íntero, declaró que los que lo habían hecho no habían incurrido en culpa, por no haber recaído allí ninguna sentencia de la Santa Sede contra dicha medida. Más tarde, la Convención francesa, por decreto de 8 de Agosto de 1793, declaró que el juramento *civil* implicaba la aceptación del juramento anti-religioso.

No es esto, por fortuna, lo que sucede hoy. El gobierno de la revolución, aunque continúa precipitándose por la pendiente del error y del escándalo, aún no se ha atrevido a exigir tanto. Por el contrario, como consta de un oficio de la nunciatura apostólica, fecha 22 de Setiembre de 1869, el gobierno del regente ha manifestado en Roma que al exigir el juramento, no intenta obligar a nada que sea opuesto a las leyes de Dios y de la Iglesia.

Esta declaración, por sí sola, es una restricción que anula el juramento y deja a salvo la responsabilidad del clero.

El segundo juramento, el de la *constitución civil del clero*, que era el trastorno completo de la disciplina y la negación de las principales leyes de la Iglesia, no fué aprobado ni aun tolerado jamás.

La Constitución mencionada apareció a fines de Agosto, y poco después, el 30 de Octubre, fué casi unánimemente reprobada y condenada por el episcopado francés. El Papa Pío VI la anatematizó además, por los Breves de 10 de Marzo de 1791, 3 de Abril del propio año, 19 de Marzo y 13 de Junio de 1792, y 5 de Octubre de 1793, en la respuesta al cabildo catedral de Chambery, en Saboya.

La *constitución civil* se encuentra en circunstancias bastante parecidas a las del *arreglo* canónico del clero, propuesto por el Sr. Montero Ríos, actual ministro de Gracia y Justicia.

De modo que, según la disciplina canónica vigente, el juramento de la Constitución pudiera hacerse con las salvedades indicadas; pero si se complicase con el del *arreglo del clero*, en nuestra opinión, no podría hacerse de ninguna manera.

Por el camino que se sigue, el conflicto ha de venir. Pero no es lo mismo el que la persecución comience en uno que en otro caso. Negarse al juramento civil pudiera dar pretexto a declamaciones; rechazar el juramento del anti-canónico *arreglo del clero*, es cosa justa é inevitable, que de buena fe nadie podrá censurar.

Estas serán sin duda las consideraciones que habrán movido a Su Santidad al autorizar al clero español para que preste el juramento condicional que tan indebidamente se le exige.

No podemos menos de aplaudir la prudencia y magnanimidad de la Santa Sede; pero al propio tiempo nos es imposible el dejar de protestar contra la impolítica conducta de nuestro obcecado gobierno, que, solo por vejar y atormentar a la Iglesia, exige al clero un juramento humillante,







